

CABEZAS HISTORICAS

¿Hasta qué punto puede un grande hombre considerarse dueño de su fisonomía? Es decir, ¿hasta dónde pueden introducir en ella modificaciones que la desvirtúen o le quiten carácter?

¿Le es lícito, por ejemplo, al grande hombre raparse la barba, teñirse las canas u ocultar su calvicie con un bisoñé? ¿Y las enciclopedias que lo representan barbudo, canoso o calvo? ¿Qué se va a hacer con ellas?

Un día, el Emperador de Austria-Hungría, Francisco José, quiso quitarse las patillas, y no pudo. Cuando le comunicó su propósito al barbero, éste se desmayo de la emoción y, una vez repuesto, fué a consultar el caso con el archiduque Francisco Fernando. El archiduque, cuyo asesinato en Sarajevo desencadenó poco después la primera guerra mundial, le dió la noticia a la Corte, y se produjo un tremendo revuelo. Hubo dama que no durmió en varias noches pensando en la tragedia que se avecinaba. Las patillas del Emperador, aquellas patillas adoptadas por casi todos los oficiales del Ejército, popularizadas por las fotografías, por las monedas y por los sellos de correos, interpretadas por los mejores caricaturistas del mundo y eternizadas por la escultura, aquellas patillas que tenían sesenta años de historia, iban a desaparecer en un minuto.

—No. Nunca—clamaban los cortesanos—. Austria es un país constitucional. El Emperador se dejará aconsejar.

Y allá fueron el archiduque y la archiduquesa, el gran mariscal, el gran maestro de ceremonias, el general ayudante de campo del Emperador, el gran chambelán y los grandes dignatario de la Corona; allá fueron todos en coro a implorar de Francisco José que no atentase a la integridad de sus patillas venerables. Francisco José no accedía. Estaba harto de sus patillas.

—Las patillas, históricas o no—parece que dijo—, son una cosa bastante sucia.

—Vuestra Majestad se hará cargo...

—Mi Majestad no se hará cargo de nada y va a quitarse las patillas ahora mismo, en un acto de independenciam que nadie le discutiría al último de sus súbditos.

No se las quitó, sin embargo. No pudo quitárselas. La resistencia que encontró en la Corte y en el pueblo, adonde comenzaban a llegar ya rumores de su propósito, era enorme, y Francisco José no tuvo más remedio que seguir pareciéndose a sí mismo hasta el fin de su vida.

Parecerse a sí mismo: he ahí el primer deber de todo grande hombre, porque ninguno de ellos es dueño, sino simple usufructuario de la cabeza con que adquirió la popularidad o conquistó la gloria. Las cabezas de los grandes hombres nos pertenecen, en realidad, a todos nosotros, y nosotros somos los únicos que no sólo tendríamos un perfecto derecho a modificarlas, sino que, en caso de apuro, hasta podríamos coger alguna de ellas e ir a ver si la negociáramos por unas pesetillas en el Rastro.

Julio CAMBA.